



Cerca de Dios y de los hermanos

Día del Seminario 2017

Catequesis para niños y jóvenes



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Catequesis para niños

0. Objetivos

- Conocer más la figura del sacerdote, sus tareas, su vocación y su ministerio.
- Descubrir una de las tareas esenciales de la vocación sacerdotal: ser mediado entre Dios y los hombres haciendo presente al mismo Cristo.
- Celebrar el Día del Seminario y orar juntos por las vocaciones al ministerio sacerdotal.

1. Sobre el lema de este año

«Cerca de Dios y de los hermanos» es el lema escogido para este año en la celebración del Día del Seminario. El Día del Seminario hace presente cada año la institución de la Iglesia encargada de la formación humana, intelectual y espiritual de los candidatos al sacerdocio.

Con el lema de este año se pretende poner de manifiesto una de las tareas que el sacerdote ejerce en su ministerio. Como todo en la vida del sacerdote, también esta tarea, la de estar cerca de Dios y cerca de los hombres, le viene dada por su identificación con Cristo. Es una tarea propia del Señor, ser mediador entre Dios y los hombres, ser lugar de encuentro, ser hombre plenamente de Dios y, a la vez, plenamente de los hombres.

La cercanía a Dios, de quien recibe el misterio y la propia identidad, se acrecienta con la oración y los sacramentos. La cercanía a los her-

manos se realiza en la propia labor pastoral, en el acompañamiento de las personas que se le confía, y en la oración y celebración de los sacramentos con la comunidad cristiana.

De todos modos es importante decir y tener presente que no se pueden dar estas dos características del ministerio sacerdotal por separado. La cercanía a Dios, el encuentro con Él, la intimidad con el mismo Cristo hará al sacerdote cercano a los hombres y mujeres con los que convive; le hará capaz de ser mediador, verdadero sacerdote. Y, del mismo modo, la cercanía a su hermanos, los hombres y mujeres de este mundo, le hará capaz de, en la oración e intimidad con el Señor, presentar la realidad concreta en la que vive.

2. Escuchando a Jesús

El Evangelio nos cuenta la historia de Jesús, lo que hizo, lo que dijo, con quién habló, con quién caminó por este mundo... Nos muestra, también, cómo es su trabajo, su tarea. Su tarea principal es estar cerca de los hombres y mujeres que le siguen y le escuchan, para hacerles cercanos a Dios. Con sus palabras, con su vida, quiere acercarnos a Dios, hacer presente su reino, proclamar la Buena Noticia, la alegría del Evangelio.

Esta misma tarea la encarga a los discípulos, primero a los apóstoles. Escuchamos el relato de esta llamada y del encargo de esta misión, de esta tarea. Lo encontramos en el evangelio de san Marcos.

Buscamos el texto en la Biblia, que tenemos en medio de nosotros. Nos ponemos de pie y, en silencio, oímos la proclamación del evangelio.

«Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y

que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó» (Mc 3, 13-19).

Cuando ha de hacer cosas importantes Jesús sube al monte y reza. La montaña es el lugar de Dios. A lo largo de toda la Historia de la Salvación encontramos que los grandes acontecimientos, las grandes decisiones, ocurren subiendo a la montaña. También lo hace Jesús a lo largo de su vida. Incluso su muerte en la cruz ocurre en el monte.

3. Aprendiendo de sus palabras

Volvamos a leer el texto, ahora cada uno en silencio. Nos fijamos en tres acciones de Jesús.

1. «Llamó». Es cierto que a todos llama el Señor, que para todos tiene una tarea, una vocación concreta y personal. Pero también es cierto que a algunos los llama de un modo especial, para ser mediadores, en su nombre. Son los sacerdotes, los presbíteros, los obispos.
2. «Para que estuvieran con él». Con este deseo Jesús mostraba, en aquel momento y ahora, la importancia de estar cerca de Dios para la vida del sacerdote, para la vida de aquel que siente la llamada a ser sacerdote. No se trata de un “trabajo” más. Se trata de una respuesta a la llamada de Dios mismo. Solo estando con él se puede aprender a ser sacerdotes. Hay que estudiar y convivir, pero sobre todo hay que acercarse, con la oración, con los sacramentos, con las distintas acciones pastorales, a Dios mismo.

3. «Para enviarlos a predicar». El ministerio sacerdotal es, siempre, para los demás. Igual que Jesús se hizo presente entre los hombres y mujeres de su tiempo, el sacerdote recibe la tarea de ser, en medio de las gentes, presencia del mismo Cristo resucitado. Toda vocación es, por voluntad del mismo Jesús, misionera, porque siempre supone ser enviado a predicar, con las palabras, con la propia vida, el Evangelio.

Nos preguntamos:

- ¿Escucho con atención, en el tiempo de la oración, por si Jesús me llama para ser sacerdote?
- ¿Quiero estar con él?

Para terminar, aquí tienes el testimonio de un seminarista. Se llama Gabriel y tiene 13 años, aunque la historia de su vocación empezó mucho antes.

Hola, me llamo Gabriel y tengo 13 años. Os voy a contar cómo el Señor me llamó y me sigue llamando al sacramento del sacerdocio.

Todo empezó a los 7 años, justo el día que tomé la primera comunión. Sentía mucha alegría y felicidad por poder tomar el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Ese día noté que Jesús me llamaba al sacerdocio, y yo, al igual que la Virgen María, respondí “sí”.

Les dije a mis padres que quería ser cura y ellos se alegraron mucho, lo cual hizo que enseguida hablaran con el párroco, D. Agustín, que nos propuso ir a unas convivencias de monaguillos en el seminario menor. Claro, yo en aquel entonces no sabía qué era un seminario, así que iba un poco perdido, pero con mucha ilusión.

En la convivencia hubo un momento que me encantó, y fue cuando se puso la cruz en el suelo para que apoyáramos la cabeza sobre ella y pudiésemos orar. En fin, que la convivencia me encantó. Seguí yendo a todas las convivencias que se hacían, hasta que llegué a 6.º de prima-

ria, que fue cuando entré en el seminario menor como seminarista en familia. Este modo de estar en el seminario consiste en estar con tu familia, yendo a tu colegio de siempre, y cada dos semanas ir un fin de semana al seminario.

Al año siguiente ya podía entrar como seminarista interno, pero mis padres no querían, ya que era muy pequeño para irme de casa. Pero por fin este curso 2014-2015 he entrado al seminario como seminarista interno, cosa de la que estoy muy feliz, ya que aquí espero y seguro que así poder estar más tiempo con el Señor, y podré profundizar mejor la vocación que el Señor me ha regalado.

4. Para rezar juntos

Después del tiempo de diálogo, de responder a estas preguntas y más que puedan surgir, hacemos un momento de oración. Guardamos silencio, miramos la Biblia, la Palabra de Dios que habla en medio de nosotros y, juntos, rezamos con esta oración tomada del catecismo *Jesús es el Señor* (tema 17).

Jesús, queremos seguirte
y responder a tu llamada como lo hicieron los Apóstoles.
Nos fiamos de tu Palabra, queremos ser tus amigos,
para recibir el amor de Dios que Tú nos traes
y así hacer crecer tu Reino en la tierra.

5. ¿Y ahora qué? Nuestro compromiso

Después de este tiempo de catequesis, de encuentro con Jesús y con nuestros hermanos, conocemos un poco más la tarea que el mismo Jesús encarga a los sacerdotes. Sabemos que, como el mismo Jesús, su tarea es estar cerca de Dios y cerca de los hermanos.

Un primer compromiso podría ser rezar por ellos. Esa oración les es muy necesaria y les será de gran ayuda.

En estas semanas, antes de la celebración del Día del Seminario, podríamos preguntar a nuestro párroco por su vocación, cómo se sintió llamado, cómo se decidió a decir sí a Dios.

Podríamos rezar un día con él, acompañarle en la oración.

Catequesis para jóvenes

0. Objetivos

- Conocer más la figura del sacerdote, sus tareas, su vocación y su ministerio.
- Descubrir una de las tareas esenciales de la vocación sacerdotal: ser mediado entre Dios y los hombres haciendo presente al mismo Cristo.
- Celebrar el Día del Seminario y orar juntos por las vocaciones al ministerio sacerdotal.

1. Sobre el lema de este año

«Cerca de Dios y de los hermanos» es el lema escogido para este año en la celebración del Día del Seminario. El Día del Seminario hace presente cada año la institución de la Iglesia encargada de la formación humana, intelectual y espiritual de los candidatos al sacerdocio.

Con el lema de este año se pretende poner de manifiesto una de las tareas que el sacerdote ejerce en su ministerio. Como todo en la vida del sacerdote, también esta tarea, la de estar cerca de Dios y cerca de los hombres, le viene dada por su identificación con Cristo. Es una tarea propia del Señor, ser mediador entre Dios y los hombres, ser lugar de encuentro, ser hombre plenamente de Dios y, a la vez, plenamente de los hombres.

La cercanía a Dios, de quien recibe el misterio y la propia identidad, se acrecienta con la oración y los sacramentos. La cercanía a los her-

manos se realiza en la propia labor pastoral, en el acompañamiento de las personas que se le confía, y en la oración y celebración de los sacramentos con la comunidad cristiana.

De todos modos es importante decir y tener presente que no se pueden dar estas dos características del ministerio sacerdotal por separado. La cercanía a Dios, el encuentro con Él, la intimidad con el mismo Cristo hará al sacerdote cercano a los hombres y mujeres con los que convive; le hará capaz de ser mediador, verdadero sacerdote. Y, del mismo modo, la cercanía a su hermanos, los hombres y mujeres de este mundo, le hará capaz de, en la oración e intimidad con el Señor, presentar la realidad concreta en la que vive.

2. Escuchando a Jesús

El Evangelio nos cuenta la historia de Jesús, lo que hizo, lo que dijo, con quién habló, con quién caminó por este mundo... Nos muestra, también, cómo es su trabajo, su tarea. Su tarea principal es estar cerca de los hombres y mujeres que le siguen y le escuchan, para hacerles cercanos a Dios. Con sus palabras, con su vida, quiere acercarnos a Dios, hacer presente su reino, proclamar la Buena Noticia, la alegría del Evangelio.

Esta misma tarea la encarga a los discípulos, primero a los apóstoles. Escuchamos el relato de esta llamada y del encargo de esta misión, de esta tarea. Lo encontramos en el evangelio de san Marcos.

Buscamos el texto en la Biblia, que tenemos en medio de nosotros. Nos ponemos de pie y, en silencio, oímos la proclamación del evangelio.

«Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien

puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó» (Mc 3, 13-19).

Cuando ha de hacer cosas importantes Jesús sube al monte y reza. La montaña es el lugar de Dios. A lo largo de toda la Historia de la Salvación encontramos que los grandes acontecimientos, las grandes decisiones, ocurren subiendo a la montaña. También lo hace Jesús a lo largo de su vida. Incluso su muerte en la cruz ocurre en el monte.

3. Aprendiendo de sus palabras

Para responder a las demandas de una multitud sin fronteras, Jesús elige a un grupo de personas, a las cuales confiere su propia misión y autoridad, La promesa de Mc 1,17 para todo discípulo -llegar a ser pescadores de hombres- comienza a hacerse realidad en este grupo específico.

Se trata, en primer lugar, de un grupo elegido de manera solemne. Lo sugiere el paraje en que se realiza la elección: un monte, expresión de la cercanía de Dios y escenario de las grandes revelaciones divinas (vease *Éx* 19,20; 24,12; *Núm* 27,12; *Dt* 1,6-18). En segundo lugar, es un grupo elegido bajo el signo de la gratuidad. Cuenta tan solo la voluntad de Jesús, su predilección y su amor. Es, en tercer lugar, un grupo elegido con una doble finalidad: para estar con él y para enviarlos a predicar. Formación y misión, contemplación y actividad, escucha y proclamación son dimensiones complementarias que se condicionan recíprocamente; se está con él actuando, y se actúa estando con él. Es, finalmente, un grupo de doce miembros. El número no es casual ni indiferente. Hace referencia a las doce tribus

del antiguo Israel. Eligiendo a doce, Jesús pretende preparar el nuevo pueblo de Dios, el Israel santo de los últimos tiempos. Ellos serán, no un grupo elitista y separado, sino los representantes oficiales y autorizados de ese nuevo pueblo y, como tales, foco de contagio, fermento de transformación y portadores de salvación para todos los demás (*Comentario al Nuevo Testamento*, Varios autores, La Casa de la Biblia, 1995).

Volvamos a leer el texto, ahora cada uno en silencio. Nos fijamos en tres acciones de Jesús.

1. «Llamó». Es cierto que a todos llama el Señor, que para todos tiene una tarea, una vocación concreta y personal. Pero también es cierto que a algunos los llama de un modo especial, para ser mediadores, en su nombre. Son los sacerdotes, los presbíteros, los obispos.
2. «Para que estuvieran con él». Con este deseo Jesús mostraba, en aquel momento y ahora, la importancia de estar cerca de Dios para la vida del sacerdote, para la vida de aquel que siente la llamada a ser sacerdote. No se trata de un “trabajo” más. Se trata de una respuesta a la llamada de Dios mismo. Solo estando con él se puede aprender a ser sacerdotes. Hay que estudiar y convivir, pero sobre todo hay que acercarse, con la oración, con los sacramentos, con las distintas acciones pastorales, a Dios mismo.
3. «Para enviarlos a predicar». El ministerio sacerdotal es, siempre, para los demás. Igual que Jesús se hizo presente entre los hombres y mujeres de su tiempo, el sacerdote recibe la tarea de ser, en medio de las gentes, presencia del mismo Cristo resucitado. Toda vocación es, por voluntad del mismo Jesús, misionera, porque siempre supone ser enviado a predicar, con las palabras, con la propia vida, el Evangelio.

Nos preguntamos:

- ¿Escucho con atención, en el tiempo de la oración, por si Jesús me llama para ser sacerdote?
- ¿Quiero estar con él?

Aquí tienes el testimonio de un seminarista, ya ordenado diácono. Se llama Pablo y nos explica su vocación como un entrenamiento. ¿Te atreves a acompañarle?

No me parece fácil explicar mi vocación. Es como preguntarle a tu padre por qué se casó con tu madre: «Pues... porque me enamoré y decidí quererla para siempre».

Voy a intentar explicarlo con un ejemplo. Imaginad un joven que juega en el equipo juvenil de un gran club de fútbol. Después de jugar muchos años, un día le llama el entrenador del primer equipo. Simplemente le mira, le sonríe con un gesto como preguntando: «¿Sí? ¿Te vienes conmigo? ¿Juegas conmigo?». El joven, emocionado, llorando de alegría, le sonríe: «Sí, me voy contigo».

Así es como me parece que ha sido mi vocación. Nací en una familia cristiana. Igualmente fui a un colegio cristiano. Desde muy pequeño rezaba mucho. La verdad es que no lo considero un mérito mío. Me salía así. Sencillamente estaba a gusto con Dios. También sentía una preocupación por los compañeros de clase que más sufrían, por las personas sin familia, por los pobres. Así que tenía claro que quería dedicar mi vida a servir a Dios y a servir a los demás. Conocía a muy buenos sacerdotes, y ya desde pequeño quería ser como ellos. Durante los dos años de Bachiller también quise estudiar una carrera y comenzar a construir mi propia vida. Pero cuando llegó el momento de decidir qué hacer, qué quería estudiar, volvió a surgir la idea de ser sacerdote.

Y hubo un momento, después de haberlo estado pensando mucho tiempo, que, durante la celebración de una misa, tuve la misma experiencia que el joven del equipo de fútbol: «¿Te vienes?», «Sí, me voy contigo».

Un profesor del colegio, hoy en día un gran amigo, me ayudó y me recomendó que rezara mucho. También que fuese muy libre, porque Dios no me iba a querer menos si decidía no ser sacerdote. Cuando acabé 2.º de Bachiller fui a hablar con el rector del seminario y me dijo que podía empezar ese año. Y así fue.

Siempre había tenido más o menos claro que quería ser sacerdote. Pero nunca bajó un ángel a decírmelo, ni escuché la voz de Dios como escuchamos la voz humana. Dios se sirve de muchos medios para hablarnos. A veces un sacerdote, otras un amigo, una conversación inesperada, un acontecimiento. Nos habla a través de la conciencia, que es el sagrario del hombre; nos habla a través de su Palabra y de los sacramentos. En mi caso fue algo así como una intuición, que cada vez fue haciéndose más fuerte. Era el paso siguiente, el que me sentía llamado a dar. Aunque no lo tenía todo completamente claro. Luego dejé en manos del seminario, de mi director espiritual, que me ayudaran a ver si era o no lo que Dios podía pedirme.

Y al igual que un jugador (siguiendo con el ejemplo del fútbol) no tiene la titularidad asegurada, sino que tiene que trabajar partido a partido, entrenamiento tras entrenamiento; del mismo modo pasa en la vocación. Uno no responde que sí al Señor y ya tiene todo arreglado. Ha de responder cada día, ha de entrenarse para poder seguir a Jesús todos los días de su vida (como también ha de hacerlo cada cristiano). Y ahí estoy yo ahora, ¡entrenándome!

4. Para rezar juntos

Después de nuestra reflexión, incluso de nuestro estudio, oramos juntos por los sacerdotes, por las vocaciones al ministerio sacerdotal, por los seminaristas de nuestra parroquia, de nuestra diócesis. Oramos por aquellos a los que el Señor llama y, por cualquier circunstancia, no le escuchan o no responden. Oramos por nosotros, para que estemos atentos a la llamada del Jesús. Lo hacemos con la oración de san Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*.

Oh, María,
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh, Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh, Madre del Salvador.

Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh, Arca de la Alianza.

Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh, Reina de los Apóstoles.

Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:

acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh, Madre de los sacerdotes.

Amén.

5. ¿Y ahora qué? Nuestro compromiso

En la misa matutina en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, el pasado 9 de diciembre de 2016, el papa Francisco dijo, especialmente a los seminaristas del seminario de Roma, entre otras cosas:

«¿Cuál es la lógica de Jesús que da la plena satisfacción a un sacerdote?», se preguntó el pontífice, sugiriendo inmediatamente la respuesta: es «la lógica del mediador». Jesús «es el mediador entre Dios y nosotros; y nosotros tenemos que seguir este camino de mediadores y no el otro modelo que se parece mucho pero no es el mismo: intermediarios». Porque, afirmó el papa, hay «diferencia entre un mediador y un intermediario». En efecto, «el intermediario hace su trabajo y cobra su paga: quieres vender esta casa, quieres comprar una casa, yo hago de intermediario y me quedo con un porcentaje; es justo, ha sido mi trabajo». En definitiva, «el intermediario sigue este camino: él nunca pierde».

«En cambio, el mediador —explicó Francisco— se olvida de él mismo para unir a las partes, da la vida, a sí mismo, el precio es ese: la propia vida, paga con la propia vida, con su cansancio, su trabajo, muchas cosas». Y «el párroco», añadió el papa, da la vida precisamente «para unir al rebaño, para unir a la gente, para llevarla a Jesús». Porque «la lógica de Jesús como mediador es la lógica de despojarse de sí mismo». Por lo demás, «san Pablo en la Carta a los Filipenses es claro al respecto: “Se despojó de sí

mismo, se humilló a sí mismo” para hacer esta unión, hasta la muerte», y la «muerte de cruz».

Por lo tanto, esta «es la lógica: vaciarse, despojarse». Y «no porque tú busques esto, sino porque la actitud de mediador te lleva a ello». Es el estilo de la «cercanía: Dios que se hizo cercano a su pueblo, en el Antiguo Testamento, y luego enviando a su Hijo, esa *synkatàbasis* de Dios que se acercó a nosotros». He aquí por qué «el sacerdote es un mediador muy cercano a su pueblo, muy cercano».

- ¿Conocemos la institución del seminario?
- ¿Te has planteado la vocación al ministerio sacerdotal?
- El Día del Seminario es ocasión propicia para la oración por el seminario diocesano, por los seminaristas, por los formadores.

